

Tradiciones

David Acrich ©

Email: literalia@gmail.com

CAPARÁ

Benjamín de Zaragoza, el místico, se lanzó al agua tratando de no cometer error alguno, mientras repetía las palabras secretas del Libro del Esplendor. La nube posada sobre él a orillas del gran río, con forma de León de Judea, era un buen presagio. Al zambullirse pareció que la nube, también con él, se lanzaba al agua, provocada y provocativa; al agua afilada y cortante; activa, rápida, engañosa. Lo que no se dio cuenta Benjamín de Zaragoza, ni las mismas aguas, ni siquiera el resto de las nubes, era que la nube protectora había cambiado de forma. Se había convertido en la imagen de una garza; una garza enorme, blanca, una garza pescadora. Benjamín, sumergido y mojado, sintió una fuerte atracción sobre sus espaldas. Y sintió también la presión de la corriente que lo empujaba cascada abajo. La fuerza que lo atraía intentaba levantarlo, como si un enorme gancho atado a su espalda lo sostuviera e izara, tratando de acercarlo a la orilla. Fue en ese momento, en un mínimo instante, cuando percibió el cambio de imagen en la nube. Se amedrentó al comprobar que su nube de León de Judea ya no lo acompañaba. Ni siquiera se dio cuenta, sin embargo, cuando la masa de agua salida de las profundidades del caudaloso río traicionero tomó forma de Miflétset, aquel mítico monstruo del que tantos habían hablado y que ninguno, en concreto, había podido describir. Lo llamaron Miflétset por tener que nombrar lo innombrable, a falta de un nombre mejor. El místico no se dio cuenta que Miflétset atrajo a Nube Garza para destruirla, desintegrarla entre sus garras acuáticas y húmedas. En medio de una lucha de fuerzas naturales Benjamín de Zaragoza sentía que su cuerpo, como si de trapo se tratara, era zarandeado cascada abajo hacia aquellas rocas sobresalientes que semejabán dos enormes ojos saltones de un sapo monstruoso gigante, por un lado, mientras que por otro era levantado en vilo para ser arrastrado por la fuerza que tenía atada a su espalda, hacia la orilla. Por momentos respiraba y dejaba de hacerlo. Por momentos agitaba sus brazos y piernas desesperadamente y, en otros, eran vilmente zarandeados de un lado a otro, ya sea entre las aguas, ya sea en el aire, dependiendo de qué fuerza, en qué instante, vencía en la contienda.

-Capará- gritó Benjamín, el místico, intentando intervenir en la inevitables, indolentes e inexpugnables fuerzas invasoras de natura, infiltrándose así en las infalibles invocaciones del infierno. Y lo logró. Logró con su evocación infernal apaciguar la contienda. De lo que no tuvo conciencia fue que al evocar su "Capará" había tomado partido por una de las fuerzas. En ese momento Nube Garza fue lentamente evaporándose, desintegrándose entre las furiosas aguas del gran río que subían, atrapaban y caían reventándose con indomable fuerza sobre las rocas que semejabán ojos saltones de sapo, con ruido ensordecedor, con un rugido penetrante y atronador que proclamaba la victoria. El místico se sintió arrastrado hacia abajo, hacia aquella cavidad semejante a una enorme boca entre los dos ojos de sapo, y que en aquel momento parecían exhalar palabras del mismísimo "Zohar", el Libro del Esplendor, que era fuente de inspiración y libro de cabecera de Benjamín de Zaragoza. Las aguas sugerían una lengua larga y pálida que lo atrapaba, como si de insecto se tratara, y lo atraía hacia su vientre. Exhausto y confuso fue absorbido por la boca de Miflétset, en la que la oscuridad y el silencio reinaron quién sabe por cuántos e innumerables momentos.

Hasta que el tiempo dejó de ser. Benjamín de Zaragoza, el místico, que se lanzó al agua tratando de no cometer error alguno, había atravesado, cruzado, traspasado.
-La muerte no siempre huele mal- exclamó cuando salió del vientre, llorando.

EL MISTERIOSO ALUMBRAMIENTO DE LOS CUERNOS

Cuando destruyeron el becerro de oro Aharón descubrió por primera vez el extraño fenómeno en su hermano Moisés. Fue en el justo momento en que los Hijos de Israel bebían el agua mezclada con el polvo de oro molido del becerro. Moisés, el Santo, el Alumbrado, no se percató. Conforme su luminosidad se apagaba y aumentaba su ira contenida por las acciones descabelladas de la muchedumbre, empezaron a surgirle dos protuberancias más arriba de sus sienes. Parecían, al inicio, dos hinchazones producidas por algún golpe. Al menos esa fue la impresión inicial de Aharón. Pero a la mañana siguiente, después de que Moisés, el Alumbrado, volviera de su cita matutina con El Señor, y se dirigiera a Aharón, el Sacerdote, para recriminarlo por haber permitido tal descalabro con el becerro de oro el día anterior, Aharón notó que mientras más subía el tono de la ira de su hermano, más pronunciadas se hacían las protuberancias en la cabeza de El Alumbrado. Y éstas aumentaban en proporción al enfado. Es más, Aharón casi juraría -lo que no podía hacer por una orden muy reciente de El Señor- que aquello era muy semejante a los cuernos del becerro que el fuego había esculpido a partir del oro traído desde Egipto tras la precipitada huída. Entonces se atrevió a comentarlo con su hermano, pero de manera sutil, como algo sin importancia, quizás para desviar el contenido recriminatorio de Moisés hacia su persona.

-Está bien, hermano, ya debes calmarte. ¿No ves que tus sienes se hinchan peligrosamente mientras mayor es tu excitación?

Moisés calló por unos segundos. Ya la luminosidad que irradiaba su rostro cada vez que volvía de su cita con El Señor había desaparecido. Ahora se notaban mucho más sendos cuernos, pequeños aún, que sobresalían sobre su cabeza.

La reacción de Moisés fue inesperada. Giró, sosteniendo con ansia su vara hacedora de milagros y se retiró de la faz de su hermano el Sacerdote sin pronunciar palabra. Fue suficiente para que Aharón comprendiera, o creyera comprender, cuál era el origen del verdadero poder, misterioso y carismático, de su hermano. Intuyó quién o qué era El Señor, el Innombrable, El que Es y No Es. Ante la imagen de su hermano con cuernos creyó descifrar, en aquel momento de su retirada, el origen de la vida y la muerte, de lo justo e injusto, del bien y del mal, de lo efímero y eterno, del todo y la nada. E intuyó, también, el poder que él, como hermano y complemento de Moisés, podría ejercer con aquel descubrimiento.

Y sin actuar, Aharón actuó. Primero procuró que su hermano cubriera su rostro con un velo cada vez que regresara de su cita con El Señor, pues sabía que los rayos de luz que salían de su rostro, y los cuernos -que con el paso de los días aumentaban de tamaño y de rigidez hasta convertirse en cuernos de carnero, como los que en su momento se hicieron sonar desde la Montaña Majestuosa, el día en que se reunió a su alrededor a los Hijos de Israel para que escucharan los Pronunciamientos de El Señor- eran una y la misma cosa; quizás, dos manifestaciones de un mismo fenómeno, o una sola visión interpretada de distinta manera.

Al cabo de cuarenta días y cuarenta noches exactamente, cuando ya era imposible que el velo ocultara por más tiempo los cuernos de luz o los cuernos de carnero del rostro de Moisés, Aharón cortó por lo sano: con sus propias manos y con la ayuda de una piedra fina, larga y afeitada, serró los cuernos de su hermano, como último intento para no permitir que la Humanidad -ignorante y divertida- descubriera y malinterpretara el verdadero misterio de

su hermano y de El Señor. Los metió, pulidos, brillantes, indestructibles, en un simple cofre de bronce que acompañó, a través de los tiempos, a los hijos y a los hijos de los hijos de Aharón en su travesía como guardianes del Arca Sagrada y del secreto del Misterio de El Señor.

Lo sé bien, porque yo, único descendiente vivo, conocedor del Misterio de los Misterios, guardo celosamente en mi armario sus poderosos cuernos. Pulidos, brillantes, indestructibles.

EL TOLEDANO

El sol aún no se había manifestado en todo su esplendor sobre los montes de la Galilea, cuando Rabí Najmán ben Yehudá, el Toledano, presintió, en su oscura y estrecha habitación colindante con la sinagoga mayor de Tsefat, la ciudad de los misterios, el significado místico del milagro. Comprendió la presencia de "Havayá", El Ser, en la historia, injertada en la naturaleza para reparar la ruptura que la acción humana había producido entre naturaleza e historia. Fue una revelación tranquila, sin sobresaltos, como si todo hubiera estado escrito sobre pergamino desde tiempos inmemorables. Posiblemente Rabí Najmán el Toledano no había sido el único en recibir aquella clarísima revelación. Pero precisamente ahora, en vísperas de Yom Kipur, el Día de la Expiación, después de aquella introspección en el significado del milagro, su ser interno no se sentía sosegado. Algo comprimía sus entrañas; algo diferente que no tenía que ver con la búsqueda de la aflicción del alma, muy propia de aquellos días de arrepentimiento y de examen de conciencia. Era, más bien, un desasosiego producido por un querer intuir un no se sabe qué. Rabí Najmán quiso calmar su estado de ánimo adentrándose en el "Sefer Yetsirá", el Libro de la Formación. Trataba de concentrarse en el capítulo cuarto, sobre las siete letras dobles el alfabeto hebreo, símbolos de la sabiduría, riqueza, fertilidad, vida, dominio, paz y hermosura; y, a su vez, la antítesis de todo ello. "Lo opuesto a la sabiduría es la estulticia; a la riqueza, la pobreza; a la fertilidad, la esterilidad; a la vida, la muerte; al dominio, la esclavitud; a la paz, la guerra; a la hermosura, la fealdad".

Aquí detuvo Rabí Najmán el Toledano su lectura y meditó: "Si todo tiene su contrario, ¿no lo tendrá también El Señor?". Se asustó de su propio pensamiento, sospechando que estaba cayendo en un anatema, justo en vísperas del día más sagrado, el día en que El Señor sellaba el destino de los hombres, después de haber juzgado sus acciones y pensamientos. La intranquilidad interior de Rabí Najmán se hizo más acuciante. Como hacía cada vez que quería borrar de su mente un pensamiento pecaminoso, fruto de la tentación, tornó sus reflexiones hacia su infancia, que casi no tuvo. Aquello siempre producía el fruto deseado y le henchía el ánimo para luchar por el retorno al camino de El Señor. Rabí Najmán quiso recordar por enésima vez su largo caminar de tierra en tierra, de puerto en puerto; su travesía por mar de barco en barco; la pérdida de su pertenencia, familiar y material, durante el obligado peregrinaje desde España hacia desconocidas tierras, cuando aún no había llegado ni siquiera a cumplir los trece años reglamentarios como Hijo del Deber para ser responsable de sus propias acciones. Quiso, como tantas otras veces, rememorar las callejuelas de su Toledo natal, pero ya no podía distinguir entre el paisaje urbano de Tsefat, la ciudad que lo había acogido con el mismo calor que él creía intuir en el Toledo que lo vio nacer, y las callejuelas, plazas, murallas, casas y sinagogas del Toledo acoplado e idealizado en su memoria. El recuerdo del ayer y las vivencias del presente se habían fundido como un todo en la memoria del anciano Najmán ben Yehudá, el Toledano. Trató de revivir sus últimos días en Sefarad, despidiéndose en secreto de su prima Raquel, hija del tío Isaac, que a la sazón había aceptado el bautismo forzado para no perder su status de recaudador del reino y no ser, así, expulsado. Recordó la ira y la deshonra que tal hecho había provocado en el resto de la familia, que había preferido seguir el camino del exilio. Raquel, casi un año menor que él, había sido su más íntima colaboradora en sus fechorías de críos y, en los meses antes de la partida, su única confidente y compañera.

-¿Qué será de mi prima Raquel, que quedó en tierra española?- expresó Rabí Najmán, tratando de no evocar su última meditación sobre la antítesis del El Señor. Y se descubrió a sí mismo pensando y murmurando en castellano, lo que en los últimos tiempos le ocurría muy pocas veces y, casi siempre, en vísperas de fiestas y acontecimientos familiares.

Rabí Najmán quiso recordar el rostro de Raquel, pero le fue imposible. Ya no podía distinguir aquel rostro, que el tiempo se había encargado de difuminar. Recordaba, eso sí, el último llanto de su prima, sus lágrimas de impotencia ante la terrible noticia de la despedida, a orillas del río Tajo, en aquel escondite entre matorrales, "la cueva secreta del reencuentro", como decidieron bautizarla el día de la partida, prometiendo reencontrarse en ese mismo e íntimo escondite, cuando todo retornara a su cauce normal. Rabí Najmán el Toledano sonrió levemente recordando su promesa ante Raquel, que volvería para rescatarla, aunque no sabía muy bien de qué o de quién, mientras que con sus manos secaba de lágrimas el rostro de su prima. Tuvieron que pasar muchos Días de la Expiación, muchas plegarias de Cal Nidré, en las que se pide por la anulación de votos, juramentos y promesas no cumplidas, para que Rabí Najmán ben Yehudá, el Toledano, se sintiera, por fin, en paz consigo mismo por no haber podido mantener su juramento a Raquel, su prima, pronunciado aún antes de haber llegado a su Bar Mitsvá.

-Los designios de El Señor son impenetrables e infinitos- meditó Rabí Najmán, parafraseando a los sabios judíos, de bendita memoria. Y con ello se adentró nuevamente en las profundidades del "Sefer Yetsirá".

LA PROFETISA

Aconteció
que la palabra se cubrió de mordaza
y el tiempo se detuvo
dejó de existir.
Aconteció
que la esperanza fue condenada a muerte
y el espacio se detuvo
apareció el vacío.
Pero el día en que la esperanza se unió a la palabra
la palabra resonó
en el no-tiempo
en el no-espacio
Y se conjugó de energía
como el núcleo que se concentra
en disposición de explotar.

Fue entonces que
tan solo un movimiento solidario
tan solo un aliento expulsado al viento
y una explosión magnánima
se hizo sentir
quemando
calcinando
ardiendo
consumiendo.

Al oírse
se grabó.
Se hizo eterna.

El día que Miriam habló, el pueblo se estremeció. La prohibición de hablar del pasado y de condenar los tiempos presentes había sido violada. El castigo tenía que llegar de manera ejemplar. Parecía que todos lo agradecían, como si aquella violación por parte de la Profetisa reflejara el deseo de cada uno de violar públicamente la prohibición y, al mismo tiempo, de recibir el merecido castigo que serviría para expiar la culpabilidad de todos. No llegó a oír palabra alguna hasta que entró, arrastrada, al recinto del palacio, único lugar en el que la palabra estaba permitida, si bien solo unos cuantos tenían el privilegio de ejercerla, a su manera. Eso no la amedrentó. Su continuo presente, su ausencia de tiempo, le daba el aliento necesario para continuar con su lucha: usar la palabra como arma liberadora, gritar en otra lengua la oración milenaria de su pueblo. Y cuando le cortaron la lengua, escribió. Y cuando le cortaron las manos, utilizó los dedos de los pies. Cuando éstos fueron amputados, su propia sangre, sobre el suelo mugriento, habló.

Aunque sufría terribles dolores, Miriam, la que llamaban la Profetisa, no se quejó ni una sola vez. Sólo miraba hacia el Este con mirada estremecedora. El tiempo no transcurrió para Miriam la Profetisa.

REENCUENTRO

Rabí Samuel atravesó la estrecha calle de la aljama sin saber a ciencia cierta si llegaría a destino. Percibía el acecho en cada esquina, en cada rincón de aquella judería vieja y sufrida, siempre dispuesta a resurgir de sus escombros. Pero ahora era distinto. Durante las últimas cuatro, quizás cinco semanas, no había ocurrido nada. Tan solo un silencio cortado, cortante. En su caminar lento por las callejuelas tanta veces recorridas Rabí Samuel rememoraba la última vez que estuvieron frente a frente el representante de la Iglesia y él. Las palabras intimidatorias de aquél aún resonaban en sus oídos, como resonaron entre las piedras y ladrillos de aquel recinto con reminiscencia de mezquita, donde Rabí Samuel fue violentamente obligado a presentarse. Ahora, casi un año después, con una llamada intempestiva antes del amanecer, se repetía el mismo ritual.

El Rabí encaminó sus cansados pasos por las empedradas callejuelas de la judería, presintiendo el acecho. Creía adivinar en cada esquina una espada; en cada ruido un grito de venganza. Con el corazón contrito y en su boca el susurro de los Salmos entró por la calle del Ángel, junto a la muralla. Las sombras se manifestaban en los oscuros callejones mientras un viento cálido rompía el gélido ambiente de la madrugada. Rabí Samuel paró en seco. Por primera vez no tenía claro si avanzar o retroceder. Aún le quedaban por recorrer dos calles adyacentes a la muralla que separaba y protegía su mundo del resto del mundo, para llegar a las puertas de la judería y dejarla atrás. Allí, precisamente, fuera de las murallas, en ese mundo incógnito y prohibido para él, creía que estaba el verdadero peligro. Pero éste se había adelantado. Había penetrado en la misma judería. Ya estaba a punto de alcanzar los portales cuando un destello, acompañado de un intempestivo sonido, hicieron vibrar hasta los mismos cimientos de la muralla. Miró hacia atrás y descubrió, atónito, que cientos, miles de sombras lo acompañaban. Fue en ese momento cuando cada vela de cada hogar de la judería pareció encenderse. Una tras otra, tras otra. Y de los ventanales asomaban los rostros de su gente, ancianos y jóvenes. Percibió claramente los rostros de sus hijos vivos y sus nietos. Y más allá, entre las sombras, percibió el rostro de Simita, su difunta esposa, franqueada por Selomó, su primogénito asesinado, y por su padre, Rabí Selomó Hacohén. Giró entonces a la derecha, por la calle de los Granados, con la muralla por frontera en su lateral izquierdo. Y nuevamente otro destello y otras ráfagas de calor y otras sombras de rostros reconocibles entre los seres ya desaparecidos, que parecían surgir de la nada.

Cuando Rabí Samuel estuvo a punto de alcanzar los portales sintió que, murallas adentro, el terreno de la judería se despegada del resto de la tierra y empezaba a elevarse. La judería ascendía, con él y con todas sus sombras, mientras que los hogares, arraigados al mundo terrenal, se hacían, con la distancia, más diminutos. Poco a poco, muy lentamente, las velas de cada hogar eran apagadas, a manera de despedida de la judería de arriba, la que ascendía. Tan solo quedó encendida la vela del hogar de Rabí Samuel. La leve llama de su vela fue, también, su último recuerdo, mientras meditaba: "si esto es la muerte, bienvenida sea".

Neguev

Mientras el viento sopla
calima y arenisca, pienso en ti,
y me arrastras en tu mar
de arena y montes desolados.
Me encoges en tu intimidad
que corre mas allá del mar y de la espera.
Mi andar deja su huella
y pienso en ti.
Entonces me detengo
como un crío ante la noche,
como la fiera ante el acecho
y ya no sé si eres mi sueño
o yo tu víctima,
en medio de la nada.
Entonces quiero pensar en ti
cuando mi andar deja su huella
pero eres tu quien piensa en mi
al borrar, con tu andar, todas mis huellas!

ERGUIDOS

No hubo palabras el día de la despedida.
Los que absorbieron tu piel te dijeron adiós
de pie, erguidos,
sintiendo como el cuerpo atraía la sabiduría
que dejaba empapada tu figura en el ambiente.
Ni el calor del mediodía los hizo desistir
de este momento
mágico, majestuoso,
mientras tu figura de maestro
se hacía voz y aire
se hacía luz y guía
y golpeaba latido tras latido
en los corazones de quienes
un día quisieron, simplemente, ser.
Quedaron atrás las tablas de piedra,
la salvación de las aguas
y los diez golpes de efecto.
Nada importaba ya.
Nada tenía importancia.
Simplemente, tu mirada
que decía adiós con ternura infinita
a un pueblo antojadizo y rebelde.

A un pueblo que, tras el choque,
había aprendido su lección
y esperaba, mudo, erguido, emocionado,
tus ultimas palabras.
Pero no hubo palabras el día de la despedida:
hubo libertad.

TIERRA DE PROMESAS

Como el eco que vibra te recorro
sin conocer aun las piedras de la soledad.
Te miro ahora diferente,
no como quien mira al edificio
que se construye
piedra sobre piedra
ladrillo tras ladrillo
para alojar en el
el soplo de la vida
el latido de los días
la rutina que completa el sinsentido.
Te miro, te toco y te recorro
con mis brazos, mis pasos, mi mirada
y te miro así, de otro modo
explorando tu historia y tu distancia.
Te miro con el brillo de otros ojos
que admiran
y se asombran.
Y te recorro con andar pausado
intentando descifrar el misterio
de tus piedras y santuarios
de la luz, la fuente, el monumento
que hablan del tiempo de los tiempos.
Y te toco, te quiero tocar
con manos enormes, gigantescas,
que abarquen tus tierras
y tus sombras
que aferran las piedras de la historia
para trocarlas por el juego de la vida
que apuestan hoy mas que nunca
por la paz.

ROSH HASHANÁ

Vibra el eco y se difunde el sonido de los cuernos.
Los cuerpos, arrojados en sus mantos blancos,
tiemblan de emoción
y se contraen.
Vaivenes de expiación en el cantar
aunque estemos sumidos en las desgracias, Oh Eterno!
mientras el palpitante sonido del shofar
abre los cielos.

La emoción ultima se apodera
de nuestros anhelos de redención:

Respóndenlos, Dios de Abraham, respóndenlos;
respóndenlos en la hora de Tu voluntad, respóndenlos!
La esperanza se evidencia en la mirada, en la plegaria,
en el deseo de querer lo que nunca ha sido:
ser sencillamente buenos.

Queda en el olvido el idéntico deseo,
la repetida promesa de esperanza cuando entonces,
como hoy,
Respondes en el eco del shofar
y mi corazón arropado en el manto blanco
tiembla de emoción y se contrae
para volver a pecar.

Mientras alzo los ojos temblando a Ti,
Dios de Israel.

JERUSALEM

Contigo puedo imaginar
ensamblando la esperanza piedra sobre piedra
y declarar la soledad como arma de amor maduro.
Tu te levantas entre montes y montículos
entre gritos de guerra y lenguas enemigas
y deshaces en el aire
el prelude de la destrucción
para retomar tu mágica energía
de los restos de piedra y de ceniza,
del esplendor de tu gloria milenaria
y volver a erigirte horizontal, fructífera,
entre olivos, laderas y susurros de plegarias
con el ansia de la paz en tu horizonte
mientras el sol mancha de rojo
la tardía nube de paloma que te cubre.

TOLEDO

No levantes la voz
quien sabe si te escuchan
los que están sentados en el trono
y utilizan el madero
para quemarte en la hoguera
quien sabe ya cuantas veces
quien sabe aun por donde o cuando
o hasta cuando.
No levantes la voz
no vaya a ser que las piedras,
a la entrada del Cambrón
en las calles de la aljama
en la iglesia/sinagoga
y hasta en la orilla del Tajo
graben tus murmullos
imprimen tus pisadas
y te acusen.

No sea que te culpen de herejía
y se ejecute la sentencia en la Plaza Mayor
con la catedral por testigo
mientras las campanas suenan a gloria
y cinco siglos transcurridos
intenten borrar la historia
afirmando que lo real
no era ni verdad ni mentira.
No. No levantes la voz.
Simplemente desgárrala.

GABIROL

Poeta solitario de corazón hermoso
Selomó.
Me imagino tu andar pausado
atravesando la judería, frente al Coso o deambulando
triste y enfermo de amor
incomprendido
repudiado junto a la Aljafería,
esperando la chispa que encendiera
tu vena
y transformara la palabra de dolor y soledad
en versos de esperanza, nostalgia y sentimiento.
Selomó, poeta solitario de corazón hermoso,
cuantas veces habrás grabado en la piedra aragonesa
la nostalgia por tu mar malagueño
mientras tu triste figura sufre el dolor
de un amor
sin recompensa.
Hoy como ayer retumba en mis oídos
tu voz virtual, Gabirol,
poeta triste que es como decir hebreo
que transformaste golpe, enfermedad y desaliento
en cánticos de amor y de alabanzas.
Selomó,
tus letras sustentan mi consuelo
porque la voz que te robaron
enciende la herencia de tu pueblo
que tengo aquí, viva,
en libros de luz y algarabía.